

dos á la patria, podía servir con éxito á su hermano, en los momentos en que postrado en cama por su herida, era necesario no desmayar, continuando por la senda de los triunfos que con tanta constancia y tantos sacrificios se habían podido obtener contra los reaccionarios, enseñoreados antes del suelo oaxaqueño por la fuerza de las armas; por consiguiente, el Coronel Díaz hizo alguna indicación al Jefe de las fuerzas, sobre la necesidad de proseguir combatiendo y darle el mando de la expedición á su hermano Félix; pero siendo Salinas siempre remiso en tomar una determinación, á no ser que el Coronel Díaz la considerara de absoluta urgencia, porque en este Jefe tenía plena confianza, declarando con toda sinceridad que á él se debía la serie de victorias alcanzadas, manifestó sus temores y además la falta de municiones de guerra, cuya circunstancia podía comprometer en una derrota á las fuerzas que salieran en persecución de los conservadores; sin embargo, el Coronel Díaz exageró la existencia de los pertrechos de guerra y las municiones que se hallaban almacenadas, las cuales realmente eran escasas, y logró al fin que aquel Jefe diera la orden de marcha sobre Cobos que estaba posesionado de un punto llamado las Sedas, el cual atacó el Teniente Coronel Félix Díaz con todo valor como denuedo, dando por resultado la completa derrota del Jefe reaccionario. Con motivo de este nuevo triunfo, el Supremo Gobierno dió el grado de General de Brigada á Salinas y á Porfirio Díaz el de Coronel del Ejército permanente.

*
* *

Libre ya el Estado de Oaxaca de los conservadores, que desde las playas del Golfo de México hasta los límites del Estado de Puebla, habían tenido que huir derrotados de etapa en etapa por el Coronel Porfirio Díaz, se dió orden á las fuerzas oaxaqueñas para que se incorporaran á las que ope-

raban en dirección á la Capital de la República al mando del General González Ortega, á cuyo efecto, las tropas del Estado de Oaxaca formaron una brigada, compuesta de un cuerpo de lanceros al mando del Teniente Coronel Félix Díaz y de dos batallones al de los Tenientes Coroneles Velasco y Montiel; dicha brigada que estaba á las órdenes de los Jefes Salinas y Díaz se unió á la División del General Ampudia.

La misma Capital, fué ocupada por el Supremo Gobierno después de la batalla de Calpulálpam, en la que el General González Ortega derrotó completamente á los reaccionarios, quienes no volvieron á reponerse hasta que aparecieron con la intervención extranjera. A esta batalla concurrió Porfirio Díaz con la Brigada de Oaxaca, distinguiéndose en ella, como siempre en todas las acciones de guerra en que tomaba parte.

El Gobierno Nacional, juzgó conveniente, que los patriotas que tanto habían luchado en aquella época con las armas en la mano, volvieran á sus hogares, ordenando que el Ejército quedase reducido al contingente necesario para la conservación de la paz y la tranquilidad del país, tan trabajado por las revoluciones; con este motivo se disolvió la Brigada de Oaxaca, saliendo el Coronel Porfirio Díaz para su Estado natal, en el que fué electo Diputado al Congreso de la Unión por el voto unánime de sus conciudadanos, aunque él se había retirado á la vida privada para terminar la carrera de abogado por la que tenía verdadera inclinación, habiéndose dedicado á ella antes de tomar las armas en defensa de la causa nacional. Por otra parte, no se escapaba á su penetración, que aquellos estudios podrían servirle en lo futuro para conocer con más acierto las necesidades de su país, porque ligada la ciencia del derecho con las ciencias sociales, entre las cuales representa importantísimo papel, como fundamental, no vaciló, aun orlada su frente con los laureles de sus recientes victorias, en dedicarse á estudios tan serios y tan

trascendentales, como los que de nuevo ocupaban toda su atención.

*
* *

La República volvió al régimen constitucional después de la elección de los Supremos Poderes, pero los reaccionarios, aunque en retirada, no desmayaban en sus propósitos de perturbar la paz; á este efecto, siempre fueron un constante amago para el país, que tanto anhelaba el sosiego y la tranquilidad públicas.

Entre los conservadores, el cabecilla más intransigente, fué Don Leonardo Márquez, quien había sido por su manía sanguinaria, el más funesto para el partido liberal. En una de tantas correrías se atrevió á atacar la Capital en 1861, entrando por la garita de San Cosme, precisamente en los momentos en que la Cámara de Diputados celebraba una de sus sesiones á la que se hallaba presente el Coronel Porfirio Díaz, como Diputado por Oaxaca. Esta alarmante noticia se supo en seguida en la Cámara, y en el acto poniéndose en pie aquel Jefe, exclamó: "antes que legislador he sido soldado," y previo el correspondiente permiso de dicha Asamblea, se dirigió al lugar del peligro en los momentos de mayor consternación.

Las fuerzas de Oaxaca, al mando del General Mejía, fueron designadas para batir á Márquez, por manera que, al presentarse el Coronel Díaz á sus antiguos compañeros de armas, fué recibido con vivísimas aclamaciones de entusiasmo. Mejía le dió el mando de una parte de las fuerzas, con las cuales marchó inmediatamente al encuentro del enemigo, á quien batió por su flanco izquierdo, haciéndole retroceder palmo á palmo, hasta que al fin emprendió la retirada en vergonzosa fuga. La audacia de Márquez, bien castigada por el Coronel Díaz y el estado de perturbación en que se hallaban algunas poblaciones de importancia cercanas á la Capital, por los des-

manes de los reaccionarios, determinaron al Supremo Gobierno á conferir el mando de la Brigada de Oaxaca al mismo Coronel Díaz en sustitución del General Mejía, ordenándole se incorporara á la División del General González Ortega, quien debía salir en persecución del enemigo, que al fin había logrado rehacerse, contando con más de 4,000 hombres de las tres armas, perfectamente equipados, y al mando de un militar como Márquez, tan tenaz como temido por sus crueldades, que podía causar serias perturbaciones á la paz pública, tan costosamente alcanzada, aunque siempre hubiera sido vencido, como lo fué por los patriotas, constantes sostenedores de la causa nacional.

El Gobierno tuvo noticia de que Márquez acampaba con sus fuerzas en el pueblo de Jalatlaco, á algunas jornadas de la Capital, y en el acto ordenó la salida del General González Ortega con una División, yendo á la vanguardia la Brigada de Oaxaca, al mando del Coronel Porfirio Díaz, cuya acertada disposición fué después decisiva para el triunfo de las armas nacionales. En efecto, ya en marcha las fuerzas, el Coronel Díaz avanzó de tal manera, que dejó el grueso de la División á una distancia considerable, aunque con determinado objeto, por que si bien en su carácter militar, la disciplina y la obediencia á sus jefes gerárquicos informaban todo su deber, también era patriota y siempre comprendió que la lentitud y las vacilaciones eran por lo general el origen de todos los desastres en la guerra, y con mayor razón en las circunstancias en que se hallaba. Por consiguiente, después de recibir noticias exactas del campo enemigo por medio de sus exploradores, se resolvió á dar por sí solo un golpe de mano, pero decisivo á Márquez, con el fin de acabar de una vez con este constante perturbador de la paz pública; y desde luego, forzando su marcha llegó á prima noche y con todo sigilo muy cerca de Jalatlaco, cuya población había ocupado el jefe reaccionario con todas sus fuerzas de infantería, caballería y

artillería, que unidos formaban una imponente y bien organizada División.

La más completa tranquilidad reinaba en el campo enemigo, en el que nadie suponía la aproximación de las fuerzas mandadas por el Coronel Díaz, sin embargo, entrada ya la noche, no pudo conservarse el sigilo, y algunos disparos de fusilería dieron la señal de alarma.

Creemos oportuno, dar á la historia este memorable hecho de armas, siguiendo substancialmente la narración que nos trasmite una persona del todo imparcial y verídica, que jamás ha tenido ingerencia alguna en la política del país ni en nuestras luchas intestinas.

En estos términos ó en otros análogos, se expresa así:

El sigilo ya no era posible, después de una nutrida descarga de fusilería, se precipitan los liberales sobre las avanzadas y penetran por las calles del pueblo, no pudiendo creerse que los reaccionarios se hubieran descuidado, pues el avance fué contenido por columnas bien ordenadas y compactas, como pudo juzgarse por los fulgores de un nutrido fuego de fusilería; pero los asaltantes se replegan á los edificios en busca de defensa, esperando la oportunidad de contestar el fuego, y saltando de punto en punto, unas veces bajando á la carrera por las callejuelas que les favorecían ó atravesando los patios de las habitaciones, se preparan á desalojar y á batir á los que ocupaban las azoteas. Este es sin duda un espectáculo digno de mención, pues acechando y haciendo certera puntería se mata así, á cada momento á un hombre en cada tiro.

Sin embargo, los liberales no podían avanzar más, sino paso á paso y por el laberinto de calles desconocidas, creciendo el peligro de verse atacados por sus flancos ó en todas direcciones por la obscuridad de la noche, como así sucedió en efecto, pues Márquez comenzó á batirlos en detall, porque sus soldados conocían todas las avenidas del pueblo y al mismo tiempo la situación comprometida en que se hallaban los asal-

tantes; por consiguiente dirigían hacia ellos desde las casas, nutridas descargas de fusilería, haciéndoles sufrir pérdidas de consideración.

En estos momentos cae prisionero el Capitán Omaña con toda su compañía y conducido al Cuartel general de los reaccionarios, grita Márquez con ojos centelleantes y presa del furor del tigre, *fusiladle*; pero el oficial encargado de cumplir la orden, lo ocultó en espera del resultado del combate.

Entonces el Coronel Díaz comprendió que se había aventurado más de lo necesario; pero si tenemos presente su carácter resuelto é impetuoso, era tarde para retroceder, pues él mismo exclamó: "la suerte está echada, y es preciso vencer ó morir," y comunicando á sus soldados esta heroica resolución, asimila en ellos estos sentimientos, y de calle en calle corre para animarlos al combate, infundiéndoles el valor y la entereza de que se hallaba poseído en tan peligrosa situación. En estos momentos, al volver una esquina se encontró con una fuerza enemiga que, conociéndole se lanza sobre él con gritos de alegría, porque creían que su muerte era inevitable; tienden sobre él las armas y le hacen á quemarropa una terrible descarga de fusilería, pero se encabrita su caballo, y sin obedecer á la rienda, salta por en medio de las filas contrarias, corriendo sin parar por una callejuela, y el Coronel Díaz se salva milagrosamente de un peligro tan eminente, que hubiera causado sin duda alguna su muerte.

El combate continuaba con más encarnizamiento, alumbrado con el siniestro resplandor del incendio que se propagaba por toda la extensión del pueblo, bajo cuya luz se percibían claramente todos los episodios de aquella memorable acción, en que el grito de guerra de los combatientes, el ruido ensordecedor del disparo de los cañones y los ayes de agonía de los que caían, presentaban un cuadro tan imponente como aterrador. Sin embargo, los valientes soldados de la Brigada de Oaxaca, acostumbrados á todos los peligros y á morir

en el campo del honor como buenos veteranos formados en las luchas por la patria, no median los obstáculos ni la gravísima situación en que se hallaban, y en vez de vacilar, emprenden con mayor brío el ataque, y á la voz de su Jefe penetran con decisión á la plaza en la que Márquez se había estacionado con muy pocas tropas, pues el grueso de ellas, las había destinado á batir al Coronel Díaz por uno de sus flancos y por su retaguardia.

Márquez se hallaba rodeado al mismo tiempo de las chusmas de mujeres y niños que comunmente seguían entonces á los combatientes, por manera que, este obstáculo le impedía maniobrar en ciertos momentos, pues la artillería la conservaba en la plaza del pueblo en la que permaneció dirigiendo la defensa, con el valor y la firmeza de su reconocido carácter militar. Esta circunstancia fué aprovechada por los liberales, quienes animados por la potente voz de su Jefe, se lanzan con él en irresistible empuje sobre la fuerza que maniobraba con la artillería y desde luego cae toda ella en su poder, volviendo en el acto los mismos cañones sobre los enemigos, que huyen despavoridos buscando un refugio en los abandonados edificios del pueblo, para ganar las afueras y asegurar su salvación, mientras que las demás fuerzas se rendían á discreción batidas y perseguidas personalmente por el invicto Caudillo de Ayutla y de la guerra de Reforma, quien en esa misma fecha, 13 de Agosto de 1861, recordaba el aniversario de uno de sus primeros y más señalados triunfos alcanzados contra los reaccionarios, cuando comenzaba aún su brillante carrera militar en los campos de Oaxaca.

Esta espléndida victoria, que aun en tiempos atrás, es decir en la misma época de la Conquista, hubiera parecido legendaria y digna del más invicto Capitán, era natural que fuera recibida por el Jefe de la División con señaladas muestras de desagrado por la natural debilidad humana, pues González Ortega no veía con ojos serenos que las glorias y

los laureles de aquella campaña fueran á ornar la frente de uno de sus subordinados; aunque en el parte que rindió, supo sobreponerse á sus interesadas prevenciones, recomendando al Jefe vencedor.

La Capital de la República se engalanó presentando el aspecto de una fiesta nacional para esperar á Porfirio Díaz, á quien á su entrada aclamó con inusitado entusiasmo, siendo ésta una marcha triunfal, asaz merecida ciertamente, por aquel que había salvado á la Capital de la República y á la causa nacional del horror que Márquez inspiraba á las poblaciones que desgraciadamente caían bajo su despótica dominación.

El Gobierno Nacional premió aquella victoria, confiriendo con justicia al vencedor el grado de General de Brigada.

*
*
*

Nuevos desaciertos vinieron á determinar para el partido nacional, serias perturbaciones, precisamente en los momentos en que los reaccionarios buscaban en el extranjero el apoyo que siempre les negaran los buenos mexicanos, agrupados en su mayor parte en torno del Gobierno legalmente constituido. En estas circunstancias había sido indispensable ordenar la salida del General González Ortega al mando de una fuerte División con rumbo á los Estados del Norte; con este motivo, el Valle de México había sido invadido por numerosas fuerzas enemigas que aparecieron fraccionadas en distintas direcciones. Al mismo tiempo la capital del Estado de Puebla, y Pachuca, la importante ciudad minera, fueron ocupadas por los reaccionarios, mientras que la Capital de la República se hallaba seriamente amenazada de sufrir un golpe de mano.

En vista de aquella situación que era de suyo grave, fué necesario que el Gobierno declarase el estado de sitio, medi-

da que aumentó la consternación de los habitantes de la Capital, quienes observaron con desconfianza, la salida de las mejores fuerzas que guarneecía la plaza, mandadas por el General Tapia que se dirigía al encuentro de los reaccionarios que avanzaban sobre México, permaneciendo el General Zaragoza, Ministro de la Guerra entonces, con los guardias nacionales para cuidar la Capital.

El General Tapia llevaba al General Díaz con la Brigada de Oaxaca, pero temeroso de sufrir una derrota porque las fuerzas de Márquez y las de Don Tomás Mejía eran superiores en número á las que él mandaba, comunicó sus temores al General Zaragoza, á esta gran figura de nuestra historia patria, que después debía de cubrir su frente con los inmarcesibles laureles de la victoria, arrancada el 5 de Mayo de 1862, á los soldados de Magenta y Solferino, quien contestó al General Tapia:

“Lleva vd. á Porfirio Díaz que vale él solo por una División.”

En efecto, la predicción del héroe del 5 de Mayo no era aventurada, los reaccionarios al mando de Márquez y Mejía fueron completamente derrotados el 20 de Octubre de 1861, en el Real del Monte, hecho de armas que se debió también al indisputable valor y al genio militar del General Díaz, quien ignoraba con su natural modestia, que él solo valía tanto como una División, según la gráfica frase del General Zaragoza.

De regreso á la Capital, fué objeto á su entrada, de numerosas felicitaciones, entusiastas ovaciones y festividades tan espontáneas como las que había recibido dos meses antes, después de haber derrotado él solo á los reaccionarios, con la brigada de Oaxaca, cuando aquéllos se hallaban posesionados del pueblo de Jalatlaco con una División de 4,000 hombres al mando de Márquez.

Hemos terminado suscintamente la narración del primer período de la vida política y militar del Señor General Díaz, limitándonos á señalar en este relato, los puntos más culminantes de aquel período que discurrió en una época verdaderamente memorable en la historia de México, precisamente cuando el patriotismo de los buenos mexicanos, después de consumada nuestra emancipación política, comenzó á manifestarse con la evolución de las nuevas ideas que tendían á seguir distinta dirección, con los levantados propósitos de un partido, que al nacer, se erguía en la lucha contra añejas preocupaciones y contra seculares atavismos heredados de la época colonial, cuyos prejuicios radicaban entre nosotros, aun después de alcanzada nuestra emancipación de la antigua Metrópoli.

Ejemplo de aquel estado de constante perturbación y atraso social, es el que se advierte en nuestra historia, determinado por el centralismo, erigido en sistema político con la dictadura del General Santa Anna, en la que aparecieron nuevamente todos los errores de aquel pasado, que se había sostenido con el férreo yugo implantado en la Nueva España en el transcurso de más de 300 años de pertinaz conquista y obediente vasallaje, impuesto por la audacia y el valor de los últimos restos de los batalladores de la Edad Media, que vinieron á nuestro suelo, ávidos de oro y de aventuras, buscando otros espacios á sus ambiciones de conquistas y de lucro.

La época que hemos venido historiando, fué precisamente en la que alboreaban con el naciente partido liberal, las nuevas ideas, las cuales debían oponerse como infranqueable valladar á la abrumadora tiranía del Gral. Santa Anna; aquellos ideales sostenidos en los campos de Ayutla, al estruendo de las armas y con el sacrificio de innúmeras vidas, se condensaron al fin en la Constitución de 1857, y después en las le-